

Estilos parentales e indicadores emocionales en niños con conductas disruptivas en el salón de clase

Elia María Escoffié Aguilar *
Jimena Cruz Zapata **

Resumen

En este trabajo se plantea la importancia de la percepción de los estilos de crianza en el comportamiento y desarrollo de los hijos. Los datos corresponden a la descripción de una muestra de 35 alumnos de entre 7 y 9 años de edad, que presentan conductas disruptivas y asisten a primarias públicas del noreste de la ciudad. Se aplicaron el Dibujo de la Figura Humana, el Dibujo de la Familia y un Inventario de prácticas parentales. De acuerdo a los datos analizados se puede mencionar que un factor común es que los niños (as) perciben poco control y establecimiento de límites por parte de sus padres. Otro dato importante es la presencia de factores emocionales en todos los sujetos estudiados.

Palabras clave: <Investigación> <estudios psicológicos> <problemas emocionales> <problemas del comportamiento> <estudiante de primaria> <escuelas públicas> <México>

Abstract

This study propounds the importance of the perception of rearing styles in the behavior and development of children. The data correspond to the description of a sample of 35 students, from 7 to 9 years of age with disruptive behavior, attending public elementary schools in the northeast side of the city. The human figure drawing, the family drawing and an inventory of parental practices were applied. According to the analyzed data, a common factor to point out is that children perceive little control and boundaries established by their parents. Another important factor is the presence of emotional factors in all the subjects that were studied.

Key terms: <Research> <psychological studies> <emotional problems><behaviour problems><primary school students><public school> <Mexico>

* Profesora de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Yucatán
Mérida, Yucatán, México.
eaguilar@uady.mx

** Estudiante de la Maestría en Psicología Clínica Infantil
Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, Yucatán, México.
simena16@hotmail.com

Introducción

En las últimas décadas se ha visto un interés creciente de parte de los padres de familia por el desarrollo y educación de sus hijos. Como padres comprometidos, están preocupados por el bienestar de sus pequeños, por amarlos, guiarlos, protegerlos dándoles los lineamientos y el ejemplo para que lleguen a ser adultos útiles.

Cada familia, como las personas que la componen, es diferente, única e irrepetible. Por tanto, no hay recetas válidas para todas. Cada grupo familiar enfrenta el reto de educar a partir de su propia situación, de sus condiciones de vida, de su historia y de su proyecto. Son los padres quienes enseñan muchos de los elementos que conforman la cultura de cada sociedad, los cuales están presentes en el lenguaje, la forma de organizar la vida cotidiana, los modos de relación, los ritos con los que se celebra la vida y se asume la muerte, las formas de trabajar y de producir, incluso la manera de entender el mundo. Las familias transmiten, conservan y transforman esta herencia. De todas estas enseñanzas, quizá la más importante que se ofrecemos a los hijos es el ideal de persona, las actitudes, respuestas, conductas, modos de percibir, sentir y actuar que hace ser mejores personas (Molina, 2005).

El aprendizaje de las conductas socialmente aceptadas se da en primer lugar, en el transcurso de la interacción del individuo con sus padres, y posteriormente son los pares y otros adultos quienes constituyen una fuente de importante influencia.

Durante el transcurso de la etapa escolar algunos niños pueden presentar en ocasiones, conductas disruptivas en el salón de clase, entendiéndose por estas, aquellas conductas que irrumpen el desarrollo normal de la clase, causando reaccio-

nes que pueden resultar negativas para el propio niño, como por ejemplo, rechazo por parte de sus iguales y maestros, aislamiento social, así como un incremento de la misma conducta disruptiva; algunos ejemplos de dichas conductas son: desafiar activamente a los adultos, iniciar peleas, molestar deliberadamente a otras personas, actitudes de desobediencia, dificultad para esperar y para seguir instrucciones, o levantarse frecuentemente de su asiento, entre otras.

La paternidad es una de las actividades más importante y compleja que influye tanto individualmente como en conjunto en el desarrollo de los niños.

Baumrind (1971) llamó a los intentos que hacen los padres para controlar y socializar de manera adecuada a sus hijos estilos parentales definiéndolos como los patrones generales de crianza que caracterizan las respuestas y técnicas parentales típicas y que constan de dos dimensiones: apoyo o responsividad parental y control parental.

Complementariamente a la propuesta de Baumrind (1971), y dado que el estilo parental se ejerce a través de conductas específicas, Darling y Steinberg (1993) recomiendan establecer una diferenciación entre los estilos parentales y las prácticas en que se manifiestan, definiendo éstas últimas como las conductas específicas orientadas a una meta en particular, a través de las cuales los padres desempeñan su papel socializador.

A través de la investigación de los estilos de crianza (Baldwin, 1955; Schaefer, 1959, 1988; Becker, 1964; Baumrind, 1971; Maccoby & Martin, 1980; Darling & Steinber, 1993) se han identificado dos dimensiones importantes, el soporte emocional (apoyo parental) y la regulación del comportamiento, (control conductual) y

sobre las que se pueden describir cuatro estilos de crianza básicos, que organizan las prácticas concretas y son: autoritario, con autoridad (authoritative), permisivo o indulgente y negligente. Por tanto, el estilo parental puede definirse, de acuerdo a estos autores, como el conjunto de actitudes que los padres asumen frente al niño y que se le comunican en una variedad de formas, creando así un clima emocional dentro del cual se expresan las conductas parentales.

En lo relacionado a las prácticas de crianza, podemos decir que éstas hacen referencia a lo que efectivamente hacen los adultos encargados de criar a los niños y que en general, son acciones encaminadas a garantizar la supervivencia del infante, favorecer su crecimiento y desarrollo psicosocial y facilitar el aprendizaje de conocimientos que le permitan reconocer e interpretar el entorno que lo rodea. Tiene que ver con la pauta que dirige las acciones de los padres, con el orden normativo que dice el adulto que se debe hacer frente al comportamiento de los niños. (Aguirre, 2000).

La dimensión de apoyo parental ha sido definida por Amato y Fowler (2002), como todas aquellas conductas orientadas a que el niño se sienta cómodo en presencia de los padres y confirme la idea de que es aceptado y aprobado como persona.

Para fines de este trabajo y de acuerdo a lo planteado por Contreras, y Reyes Lagunes (2006), el apoyo parental está conformado por:

a. conducta nutriente (acciones de los padres orientadas a la evaluación y satisfacción de las necesidades del niño)

b. calidez (tendencia de los padres a ser afectivos, expresar aprobación y emociones positivas hacia

el niño)

c. recompensa (expresión explícita de aprobación de las conductas del niño)

La segunda dimensión descrita por Baumrind (1971) es la de control parental, la cual define como las demandas de los padres para que sus hijos se integren adecuadamente a la familia y a su grupo social, los esfuerzos por disciplinarlos y la forma en que se confronta la desobediencia.

De la misma forma, de acuerdo al planteamiento de Contreras, y Reyes Lagunes (2006), la dimensión de control parental esta conformada por:

a. control conductual coercitivo (actos disciplinarios en los que existe una imposición de la voluntad del padre sobre la del niño y una considerable presión para que el niño obedezca)

b. control conductual inductivo (esfuerzos de los padres por lograr que sea la propia voluntad del niño la que lo lleve a actuar según sus requerimientos)

c. monitoreo (conocimiento que tienen los padres de las actividades y acciones de sus hijos)

d. control psicológico (esfuerzos que realizan los padres para controlar las actividades de los hijos de formas que afectan negativamente su mundo psicológico. En este rubro se incluyen la intrusión, la inducción de culpa, el retiro de afecto, la invalidación de los sentimientos del niño).

Es importante señalar que aunque, en el estudio realizado por Contreras, y Reyes Lagunes, (2006), esta última variable, control psicológico no soportó el proceso de validación psicométrica, en este trabajo no se descartará ya que existen estudios como los realizados por Barber (1994) que nos indican que el control parental principalmente en su dimen-

sión psicológica se opone a que los niños entiendan que las interacciones sociales están regidas por reglas y estructuras que han de ser cumplidas si se desea pertenecer a este grupo social. Es en este mismo sentido que Smetena y Daddis (2002) nos indican la importancia de esta variable remarcando que todos los niños necesitan cierto grado de autonomía tanto conductual como psicológica para lograr la meta de la socialización, cosa que el control psicológico impide.

Por otra parte, es importante señalar que lo mencionado anteriormente sobre estilos y prácticas de crianza tiene resonancia en el aspecto emocional de los niños.

Durante la niñez intermedia (6 a 12 años) el crecimiento emocional es bastante complejo. A medida que los niños crecen, pueden entender y controlar mejor las emociones negativas. Ellos saben que los pone furiosos, que les hace sentir miedo o tristeza, y cuál es la reacción probable de otras personas cuando ellos manifiestan estas emociones, de manera que pueden controlar y adaptar su comportamiento de acuerdo con ello (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

Los chicos cuyas madres los animan a expresar sus sentimientos de manera constructiva y los ayudan a centrarse en solucionar la raíz del problema tienden a afrontar de manera más efectiva las dificultades y a tener mejores destrezas sociales que los niños cuyas madres menosprecian sus sentimientos al minimizar la seriedad de la situación. Este patrón no parece aplicarse a los papás, quizá porque las madres hablan más con los hijos sobre sus sentimientos que los padres (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

Los niños en edad escolar pasan más tiempo fuera de casa que antes, pero el hogar y las personas que viven ahí siguen siendo la parte cen-

tral de su mundo. Los padres les brindan apoyo, amor y la relación con ellos es la más importante en la vida de los pequeños. Por lo general los niños se desempeñan mejor en la escuela y tienen menos problemas emocional y de comportamiento cuando pasan su niñez en una familia intacta, con ambos padres y una buena relación con ellos. Sin embargo, la estructura en sí misma no es la clave; la manera como los padres se relacionan y su habilidad para crear una atmósfera favorable afecta el ajuste de los niños más que su estado civil (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

A medida que la vida de los niños cambia, sucede lo mismo con los problemas de los entre ellos y sus padres, y la manera de resolverlos. Durante la niñez el control del comportamiento se desplaza gradualmente de los padres al hijo (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

La niñez intermedia es una etapa de transición de coregulación, en donde padre e hijo comparten el poder: el padre supervisa pero los niños toman decisiones por momentos. Este cambio hacia la coregulación afecta la manera como los padres manejan la disciplina, esto es, la enseñanza de un comportamiento aceptable.

La mayoría de los padres utilizan de algún modo diferentes métodos con los hijos mayores que con los menores. Los padres de niños en edad escolar tienden más a usar técnicas inductivas que incluyen el razonamiento. En algunas situaciones sus técnicas tienden a centrarse en la autoestima del niño, valores morales, o de aprecio (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001).

Además de una comunicación abierta, amorosa e incluyente, para educar es fundamental establecer normas claras que permitan enseñar a los niños lo que se espera de ellos y así ayudarlos a formar su criterio. Asimismo estos límites garantizan la se-

guridad del niño y evitan que corra peligros que por su edad no es capaz de preveer. La disciplina proporciona al niño elementos para autoregular su conducta y formar hábitos que le serán útiles durante toda su vida. La disciplina es un medio no un fin en sí misma. Los límites se establecen en función de los valores y principios, de las circunstancias de la etapa de vida, de la edad, de las características de cada niño y del estilo de convivencia de la familia (Molina, 2005).

Los límites señalan hasta donde puede llegar un niño en su comportamiento. Verduzco y Murrow (2001) mencionan que establecer límites es una forma de decirle al niño que uno se preocupa por él; es enseñarle cómo funciona el mundo que lo rodea y sobretodo que es amado y respetado. Si en la familia se marcan adecuadamente, se le enseña a los pequeños una manera de convivir adecuadamente con otras personas y sobre todo que ellos también pueden poner límites a los demás, lo cual les será de mucha utilidad cuando sean adultos.

Desde la perspectiva de la educación positiva, la labor de poner límites esta basada en una filosofía en la cual los adultos tratan de crear un ambiente propicio para que los menores se desarrollen (Verduzco y Murrow, 2001).

Cada niño es considerado un individuo con necesidades específicas que van a variar según sus características personales y la etapa de desarrollo en la cual se encuentre. Todos lo pequeños son únicos y diferentes por sí mismos. Aunque todos se desarrollen básicamente igual, a menos que tengan un problema o enfermedad seria, al mismo tiempo tiene necesidades específicas de amor, aceptación y desarrollo de habilidades que van a variar de acuerdo a su edad (Verduzco y Murrow, 2001).

Poner límites es una labor de

prevención, ya que a medida que los adultos están pendientes de las necesidades de los pequeños y les van enseñando lo que necesitan según su edad, serán capaces de enfrentar nuevos retos. Lo más importante es trabajar para que sean felices y encuentren su lugar en la sociedad después de haber adquirido recursos para ser creativos, productivos y responsables (Verduzco y Murrow, 2001).

Método

Participantes

Se trabajó con 35 niños de entre 7 y 9 años, de 4 escuelas públicas de la zona noreste de la ciudad de Mérida, Yucatán, y cuyos maestros los identificaron con al menos 5 de los 18 indicadores presentados en una lista de cotejo de conductas disruptivas. Estos niños participaron con al menos uno de sus padres.

Instrumentos.

1. Inventario de Prácticas Parentales, (Contreras y Reyes Lagunes, 2006)
2. Lista de cotejo de conductas disruptivas, conformada por 18 indicadores seleccionados a partir del DSM-IV abarca indicadores de las categorías de Negativismo Desafiante y de Déficit de Atención.
3. Dibujo de la Figura Humana (Koppitz. 1994)
4. Dibujo de la Familia (Font, L., en Esquivel, Heredia, Lucio, 2007)

Procedimiento.

Se solicitó la autorización en 4 escuelas públicas para que niños de 7 a 9 años participaran, previa identificación por parte de sus maestros, mediante una lista de cotejo de conductas disruptivas. Una vez identificados se invitó a los padres de estos niños a participar en el estudio. Se procedió posteriormente a la aplicación

de los instrumentos a los padres, realizando el número de sesiones necesarias de acuerdo a la escuela de procedencia. La aplicación de las pruebas a los niños se efectuó de manera individual en su propia escuela dentro del horario regular de clase, previa autorización de los maestros. Se cuidaron las particularidades que marcan los estándares de la ética profesional.

Resultados y conclusiones

Es importante señalar que estos resultados corresponden únicamente a una descripción de una parte de la muestra del proyecto de investigación "Terapia de juego con padres e hijos como medio para favorecer estilos de crianza positivos" en el que se realizará diferentes modalidades de intervención terapéutica y que se realiza actualmente en la Facultad de Psicología de la UADY.

En términos generales puede observarse una mayor presencia de indicadores de conductas disruptivas en varones que en niñas, siendo que el 88 % de los sujetos participantes identificados por sus maestros fueron del sexo masculino. Lo anterior concuerda con los estudios reportados por Papalia, Wendkos, Duskin (2001) y otros investigadores, y puede explicarse por las diferencias en el proceso de socialización de los niños en quienes de alguna manera se permite y hasta se fomenta mayor actividad y expresión de coraje en contraposición a la socialización de las niñas en quienes se fomenta mayor pasividad y tranquilidad en su comportamiento.

Sin embargo todos los sujetos de la muestra presentan indicadores emocionales, no encontrándose diferencias en relación al sexo. Considerando que todos los sujetos presentaban conductas disruptivas se podría pensar que la presencia de

indicadores emocionales esta asociada a dichas conductas.

En términos generales los indicadores emocionales encontrados con mayor frecuencia fueron: inseguridad, culpa, agresividad, ansiedad, expansividad o falta de límites, falta de apoyo e impulsividad. Es importante mencionar que en algunos casos estos indicadores aparecieron combinados. Por otro lado, aunque se contó con la participación de los papás, únicamente el 18% de éstos participó siendo mayor la participación por parte de las mamás ya que esta fue de 82%.

De una manera general se observa que las puntuaciones reportadas fueron más altas en la dimensión de apoyo que en la de control parental, tanto desde el punto de vista de las madres como desde la opinión de los hijos, siendo que el 60 % de las madres son percibidas como más apoyantes de lo que ellas mismas se perciben, pero en la dimensión de control parental el 83% de los niños percibe a la mamá con menos control de lo que ellas mismas lo hacen. Dentro de la dimensión de apoyo parental y en esta misma línea puede observarse que en lo que se refiere al aspecto de conducta nutrieante el 42% de las madres de la muestra se adjudican puntuaciones más altas de lo que sus hijos lo hacen. Asimismo observamos que el 33% de las mamás se consideran con mayor grado de calidez de lo que sus hijos las consideran, y el 27 % se consideran más recompensantes de lo que los hijos las perciben.

En relación a la dimensión de control parental, en términos generales, se observan puntuaciones más bajas que en la de apoyo parental registrándose valores inferiores en la opinión de los niños. En esta dimensión tenemos que el 88% de los niños que participaron perciben a la madre con menos control de lo que ellas

se consideran.

Realizando un análisis de los aspectos comprendidos en la dimensión de control parental podemos observar que el 83% de los sujetos consideran que sus mamás tienen menos control coercitivo de lo que ellas opinan, aunque los porcentajes son inferiores en control conductual inductivo a los de control conductual coercitivo, se observa el mismo porcentaje (37%) tanto en la opinión de los niños como en la de las mamás. De igual forma en lo relacionado a monitoreo no existe diferencias entre las percepciones de los hijos y de las madres.

Resulta de suma importancia un aspecto encontrado en lo que se refiere a la dimensión de control psicológico, ya que aunque en los estudios realizados por Contreras y Reyes Lagunes, (2006) se nos indica que esta dimensión no cuenta con la validez psicométrica dentro de la variable de control parental, es interesante el hecho de haber hallado que un 78% de los niños de esta muestra consideran a sus mamás más controladoras en el aspecto psicológico de lo que ellas mismas creen que son.

Es importante mencionar que los niños que presentan mayor número de indicadores emocionales perciben a la madre con menor control coercitivo y mayor control psicológico de lo que ellas mismas se perciben.

Por otra parte tenemos que los niños que presentan un mayor número de indicadores de conductas disruptivas son los que obtienen puntuaciones más bajas en la opinión que tienen de sus padres tanto en apoyo como en control parental.

Como conclusiones preliminares se puede anotar que las madres de este grupo, poseen mejores características de apoyo que de control conductual, siendo ligeramente más poseedoras de conducta nutricia que de calidez en la opinión de sus propios hijos. En lo relacionado al control conductual la opinión de los hijos es que son menos coercitivas, monitorean menos su comportamiento y son más controladoras desde el aspecto psicológico de lo que ellas mismas se consideran.

El que los niños las perciban como menos coercitivas pudiera estar sugiriendo una falta de límites. Por el contrario el hecho de que sean percibidas como más controladoras desde el punto de vista psicológico nos lleva a pensar que es un factor que puede propiciar la presencia de conducta disruptiva e indicadores emocionales. Esto está en la línea de lo reportado por Barber (1994) y Smetena y Daddis (2002), quienes indican que la dimensión psicológica del control parental, interfiere en la comprensión de que las interacciones sociales están regidas por reglas y estructuras y determinan la pertenencia a grupos sociales de manera adecuada. Así mismo enfatizan la necesidad de cierto grado de autonomía tanto conductual como psicológica para lograr la meta de la socialización, cosa que el control psicológico impide.

Lo anteriormente mencionado pudiera ser lo que explica la presencia del comportamiento disruptivo e indicadores emocionales en este grupo de niños.

Referencias

- Amato, P. y Fowler, F. (2002). Parenting practices, Chile adjustment and family diversity *Journal of marriage and family* 64,3 , 703.
- Barber, B. (1996) Parental psychological control: revisiting a neglected construct. *Child Developmental*, 67, 3296-3319.
- Baumrind, D.(1971) Current parents of parental authority. *Developmental Psychology Monographs*, 1-103.
- Contreras, C. y Reyes Lagunes, I. (2006) Desarrollo de las conductas prosociales en la infancia. *Revista de Psicología Social y personalidad*, Vol. XXII, 29-47.
- Molina, A.(2005) *Familias Valiosas*. México: Fondo de cultura económica.
- Papalia, D.; Wendkos, S.; Duskin, R (2001) *Psicología del Desarrollo*. 8ª edición. Colombia: Mc.Graw Hill.
- Smetana, J. y Daddis, C. (2002). Domain specific antecedents of parental psychological control and monitoring: the role of parental beliefs and practices. *Child develop* 73 (2), 563-580.
- Verduzco, M.A, y Murow, E.,(2001) *Cómo poner límites a tus niños sin dañarlos*. México: Pax-México.